

Historia, narrativa y crisis nacionales en Perú.
Crisis de sentido y sociedad peruana

Manuel Castillo Ochoa
Universidad Ricardo Palma, Lima, Perú
mcastochoa@yahoo.com

Resumen

El presente corto ensayo busca indagar sobre las crisis discursivas y de sentido - narrativas- que dan consistencia de sentido simbólico a la sociedad nacional. Indagando sobre lo que se conoce como “mundo interior” de la sociedad, afianza sus observaciones sobre las narrativas que logran “hegemonía” formando ciclos de estabilidad sociopolítica y las crisis adyacentes cuando pierden eficacia. Presenta, asimismo, varios casos históricos de quiebra de “narrativas discursivas”, los efectos sociales conducentes, y como logran reconstruirse alternancias narrativas en la sociedad peruana.

Palabras Clave: Historia, narrativa, hegemonía, crisis

History, narrative and national crises in Peru.
Crisis of meaning and Peruvian society

Abstract

This short essay seeks to investigate the discursive and meaning crises - narratives - that give consistency of symbolic meaning to national society. Investigating what is known as the “inner world” of society, he strengthens his observations on the narratives that achieve “hegemony” by forming cycles of sociopolitical stability and the adjacent crises when they lose effectiveness. It also presents several historical cases of bankruptcy of “discursive narratives”, the leading social effects, and how narrative alternations are reconstructed in Peruvian society.

Keywords: History, narrative, hegemony, crisis

En los estudios históricos las “narrativas”, organizando matrices discursivas, es decir, las imágenes-mundo sean estas orales o escriturales, físicas o virtuales, cumplen una función primordial y fundamental. Lo fundamental de las narrativas radica en que la especie humana no puede vivir, existir, sin narrativas, sin discursos explicativos que sintetizan el sentido de la existencia, y que dan consistencia a las acciones, hábitos, rutinas, costumbres, usos que cada sociedad va construyendo, aunque posterior a esas creaciones, la propia sociedad crea y asuma que son las narrativas y los discursos las que construyen a la sociedad. Paradoja de lo social, lo que la sociedad ha inventado termina siendo lo que inventa a su propio creador.

Lo que aparece ahora tan obvio no lo ha sido tanto a lo largo del recorrido histórico de la humanidad y, al contrario, lo que ha aparecido con más fuerza y visibilidad es que el hombre y la concierne humanidad que se contiene a partir de esta proposición, es fruto de las narrativas. Y así, como si ellas adquirieran una autonomía y ontología propias, la especie humana termina siendo producto de sus propias invenciones. Al inicio, en los atisbos civilizatorios, la religión con sus consabidas expresiones, politeístas, mágicas, sacrilicias, animistas teocráticas, mitológicas o abstractas, fue el centro de la explicación de todo lo que la especie humana iba descubriendo. De esa manera lo religiosos en sus variadas formaciones discursivas era el núcleo productor de lo orgánico y lo inorgánico, de lo natural y lo social. La especie humana se enajenaba de su propia producción, y el producto terminaba siendo la fuerza motriz de toda consistencia material e inmaterial.

Recién, si lo vemos en términos históricos, hacia finales del siglo xix, cuatrocientos años después de que el movimiento cultural del renacimiento cuando, con su secuela de humanismo e ilustración, había buscado descentrar a la religión y colocar en el centro del universo a la figura del hombre como centro referencial de la producción de lo social en sus variadas manifestaciones, es que se masificara y se lograran introducir esas ideas en el sentido común de la sociedad. Se acepta y generaliza la originalidad creadora de la especie humana como productora de todos los artificios que la sociedad nos presenta. Voces como las de Nietzsche (Nietzsche, 1947) a finales del siglo xix, y las de Castoriadis a mediados del siglo xx, cumplirían un papel destacado en esa esa desconstrucción de lo religioso como matriz fundadora de lo social.

Posteriormente, y hacia el último cuarto del siglo xx, vendría una segunda oleada desconstruccionista que buscaría echarse abajo a la escuela humanista -pues de eso se trataba en el fondo el reemplazo de lo religioso por el hombre y la ciencia como nuevos demiurgos creadores que reemplazaban a lo sacrilicio teísta-. Nuevas voces iconoclastas golpearían al humanismo y sus difusores, por ejemplo, a Jean Paul Sartre, acusándolos de que el humanismo no era más que la ideologización burguesa que el capitalismo en su vertiente modernista difundía como la lógica del sentido de lo social. Uno de los autores que se puso al frente de esta nueva ola desconstruccionista sería la inminente figura de Foucault.

Pero de más allá de estas disquisiciones, originadas en el occidente europeo, ¿qué es lo que se puede rescatar para sociedades tan distantes como la peruana, tan lejana de esas polémicas que a más de uno podría hacer decir: ¿veleidades “eurocéntricas”? Lo que se puede rescatar, no sólo para el Perú sino en general para las sociedades tercer mundistas, herederas de los afanes colonialistas, es ese “mundo interior” de las imágenes-

mundo. Aunque mucha agua ha pasado bajo las polémicas y discusiones que el marxismo produjo, ahora es aceptado que con el auge del pensamiento marxista del siglo xx, especialmente después del triunfo de la revolución soviética, y por consiguiente, del pensamiento marxista-leninista y la difusión que ella lograría en ese siglo, hasta a hacer que uno de los grandes pensadores del mismo dijera "...el horizonte cultural de nuestro tiempo es el marxismo" tal como lo fraseara Jean Paul Sartre, se entronizó un enfoque de lo social mono productivista que dejaba de lado el mundo interior de la subjetividad social.

Fue tan fuerte ese giro epistemológico que todo orden social se deducía de lo social productivo y lo social subjetivo se reducía a epifenómeno de lo económico. Si bien, el pensamiento marxista que a fines de los sesenta cubrió mayoritariamente (siempre con las debidas excepciones de algunas escuelas que quedaron al margen de éstas tendencia de masas) las humanidades y las ciencias sociales occidentales fue una ruptura con el humanismo idealizado burgués. Posteriormente el propio marxismo se convertiría en un Diamat (materialismo dialéctico-histórico) y, al difuminarse como sentido común masivo, devino en una trivialización manualesca que desdecía sus propias promesas de renovación epistémica (Habermas, 1981).

Así, si al inicio, el humanismo y la ciencia hicieron su revolución burguesa epistémica descolocando lo religioso, ahora la manualización marxista haría su "revolución burocrática burguesa" manualizando la originaria teoría marxista inicial. Pero aún, en ese ciclo de excesiva simplificación, se legó algo para la propia renovación de su enfoque mono productivista: lo ideológico, que incorpora al discurso y la narrativa, pero tratada congeladamente como falsa conciencia (Lukac's, 1969).

De esa forma, el campo del análisis de la ideología, y de las narrativas y los discurso pues a través de ellos se trasmite lo ideológico, estaba abierto desde sus propios flancos y para poder indagar hacia otros espacios de apertura. Ella vendría de la mano de Weber y Gramsci y de ahí tendería un puente con la historia, lo histórico, que es importante señalarlo. En pocas palabras, que no hay sociedad sin hegemonía, y por lo tanto, ni dominación social sin narrativa ni discurso. Y ahí la historia reencuentra un filón creativo para su propia performance al interior de las ciencias sociales.

Si bien Weber introduciría la idea de "dominación" como base de todo poder, más aún si es social, al señalar la sucesión y correlación de formas de poder históricos: el sacralicio religioso para las sociedades tradicionales, el carismático para sociedades de transición, y el legal institucional para las sociedades modernas, lo que estaba diciendo es que todo poder opera, al lado de formas de ejercicio material del mismo, la imaginación simbólica que proveen las concepciones del mundo, las narrativas y los discursos como formaciones también de poder y que actúan en paralelo con la violencia física.

Regresamos entonces a la importancia del "mundo interior". Pero ¿cuál es la constitución del "mundo interior de lo social"? Aquí es donde los trabajos de la cárcel de Gramsci prestan valiosa ayuda. Y en especial su teorización sobre la función de "Hegemonía". Si la narrativa es constitutiva de la especie humana para situarse ante el mundo, entonces ella, en sociedades diferenciadas clasistamente, se constituye en centro de la hegemonía necesaria que la dominación impone en esas sociedades. Hegemonía, narrativa o discurso, van juntas en la dominación social. Las propuestas teóricas de

Gramsci abrirían incluso caminos más audaces en su propuesta. Llegaría a decir que la narrativa, en tanto constitutiva de la dominación, se convierte en concepción del mundo y en filosofía de los no filósofos.

Posteriormente Habermas (Habermas, 1988), en la década de los sesentas, atisbaría con más firmeza y daría carta de ciudadanía a lo que denominaría en sucesivos trabajos la “teoría de la acción comunicativa”. Reflexionando a través de diversos trabajos, en un inicio para reconstruir lo que él denominaría los vacíos del Diamat (teoría del materialismo histórico) y su excesivo énfasis en lo productivo objetivo antes que lo simbólico subjetivo, abriría en las ciencias sociales la necesidad de incorporar en la “reconstrucción del materialismo histórico”, el campo de la subjetividad. Imágenes, construcciones simbólicas, o lo que se denomina “mundo interior” de las sociedades, la subjetividad. Y en su conocido tratado sobre la “Teoría de la acción comunicativa” juntaría las dos vertientes de análisis que más han contribuido a la teoría de lo social. El enfoque anglo sajón y sus aportes al estudio de la subjetividad social -Weber Parsons- y el enfoque marxista sistémico y su hincapié en la objetividad productivista como piso determinante para el análisis social.

Pero si Habermas, recogiendo la densidad de la filosofía alemana, reconstruye e incorpora el análisis simbólico a lo social, Laclau (Laclau, 1985), también polemizando contra un marxismo que ha derivado en reduccionista y simplificador de lo social, introduce el aspecto de la hegemonía que Gramsci había relevado, pero llevándolo hacia una “teoría del discurso” como indispensable en la constitución de los sujetos sociales. Es decir, la necesidad de lo “hegemónico” como elemento indispensable para la construcción de lo social.

Surge aquí, entonces, una pregunta fundamental en los entramados de la vida social. ¿qué sucede cuando hay un eclipse hegemónico, un “vacío de hegemonía”? ¿Pero se puede llegar a una situación social de “vacío hegemónico”? Sí, si por “vacío hegemónico” entendemos que la “narrativa” o el “discurso” que se ha oficializado o que se mantiene como oficial pierde esa vigencia o función de cohesión social, de dominación. Pero cómo ella es constitutiva a la especie humana en realidad ese “vacío de hegemonía” podría deberse a que está surgiendo otro discurso hegemónico, otra narrativa, que no logra todavía oficializarse como sentido común pero que va dejando atrás la funcionalidad operativa del discurso oficial anterior. Si al decir de Octavio Paz el hombre es un mono gramatical, lema que ha adquirido plena vigencia con el giro lingüístico que se viene desarrollando desde fines del siglo xx y logra aceptación generalizada en lo que va del siglo xxi, entonces no podría existir vacío absoluto de discurso hegemónico o vacío discursivo, pero sí podría existir momentos de “crisis de la narrativa oficial” en oposición a “otra narrativa” que no logra todavía posicionarse como oficial. De ahí podríamos deducir la crisis de hegemonía, pero en el centro de ella se encuentra las crisis de las narrativas discursivas.

Con estos componentes teóricos ingresemos ahora a poner luces encima de diversos momentos de la formación de la historia nacional peruana. Nos interesa indagar sobre ciertos momentos de crisis de hegemonía que se habrían dado en nuestra historia y como ellos se resolvieron y que lecciones podemos obtener de los mismos. Nos focalizaremos sobre nuestra historia republicana.

Crisis hegemónicas en la historia republicana nacional

En 200 años transcurridos de historia republicana podríamos encontrar varios momentos de crisis republicana. Nosotros nos centraremos sobre tres. Los dos primeros son históricos, el tercero se lo puede calificar mayormente de coyuntural.

Un primer momento lo podríamos situar en el periodo que nuestra historia denomina “momento del caudillismo”. En los sucesos independentistas y sobre todo bajo el protectorado de San Martín dos discursos políticos se enfrentaron con fuerza, obvio es decir que no incluía a las mayorías nacionales sino mayormente a la reducida esfera criolla nativa. Tanto los liberales como los conservadores se bloqueaban mutuamente en sus afanes de imponer, cada uno de ellos, sus propios intereses. El federalismo por un lado y el presidencialismo por el otro no cesaban en sus empeños impositivos. Tanto así que hubo un mutuo bloqueamiento que llevo al propio San Martín y a su consejero Monteagudo a buscar importar un príncipe prusiano para que rompiera el desempate de las dos opciones encontradas.

Al final la solución histórica se fue por el lado del autoritarismo, traída de la mano de Bolívar con su constitución de 1826, que se echaba abajo la constitución de 1822, y sus afanes democratizadores. Bolívar y su constitución denominada vitalicia impuso que la vía de solución no se fuera por el lado de la construcción de una república democrática y basada en derechos universales e instituciones que consolidaran la misma, sino que dio origen al ciclo político del caudillismo (1826-1845) en el cual los afanes de los “señores de la guerra” -La Mar, Santa Cruz, Gamarra, Orbegozo, Salaverry, Vidal, Ignacio de Vivanco-, desarrollaron sus afanes autoritarios bajo sus ejércitos propios que no cesaron de funcionar al finalizar el proceso independentista (Basadre, 1968).

La opción caudillista canceló a la opción democrática y dio inicio a lo que posteriormente se conocería como la incumplida “promesa de la vida republicana” y que hasta la actualidad marca intensamente la historia nacional. Pero la vía caudillista como, opción que desplazo a la vía republicana liberal no era solo un activismo militar. Durante un ciclo que abarca cerca de 25 años se constituyó en una narrativa hegemónica, en tanto constituía una cultura de la violencia y una lógica de sentido de la vida nacional basada en valores anti democráticos y excluyentes. Y eso es lo que caracteriza al ciclo caudillista precisamente.

La narrativa hegemónica bajo discurso democrático que se trató de implementar construir y consolidar con la constitución de 1822 que inauguró Riva Agüero, fue dejada de lado. ¿Pero bajo ese ciclo de 1826 hasta 1845, el ciclo caudillista, qué discurso se imponía y a qué hegemonía aludía? A la lógica de la fuerza de los caudillos, de sus ejércitos, de sus errancias, de la imposición del más fuerte. Era una hegemonía que no necesitaba de los discursos de lo letrado sino más bien de un discurso de la acción y de una narrativa de la personalidad fuerte. ¿De qué referentes narrativos se nutría? Probablemente aquí hay que rescatar la idea de la “herencia colonial” tan llena de virreyes patrimonialistas, verticales, autoritarios basados en un sistema de dominación vertical y jerárquico desde su centro imperial ultra marino. Esos eran los referenciales del imaginario de ese momento, aún con todas las contradicciones y matices que se generaban en sus colonias, y desde ellas y el centro imperial.

Eran los argumentos de la crítica de las armas y no de la crítica de las ideas. Carlyle y su teorización de la personalidad fuerte en la historia cristaliza y redondea el cuadro caudillista. Pero, recordemos. siempre hay un discurso detrás de una hegemonía, pero el “discurso” cristalizado en narrativa, tal como se puede observar, no siempre se envuelve en lo letrado, también se puede afirmar como “acción distintiva”. La narrativa, como se diría hoy en día, puede ser pura agencia, y su discurso se llena de signos y símbolos accionales antes que letrados. La “letra” se hace acción, es suplantada por la acción, y la acción teje su discurso de símbolos y argumentos no sobre la letra sino sobre la vida. Si bien hubo en ese ciclo caudillista proclamas, frases, discursos escritos, cabían más en lo activo de las conductas que la mano que escribía la historia. La espada reemplazaba a la pluma.

Un segundo momento de crisis de hegemonía y, por consiguiente, crisis del discurso y narrativa en la cual se expresa, puede verse al finalizar la guerra con Chile (1879-1883). La narrativa de la defensa nacional y de la patria que se había expresado antes y en medio de la guerra con Chile y, nuevamente hay que decirlo, en el mundo criollo mayormente, quedó opacado, difuminado mayormente tras la derrota de la guerra con Chile. Se había empezado a quebrar en pedazos con Mariano Ignacio Prado y su “viaje a Europa” después de la colecta nacional, empezó a oler mal cuando el presidente Piérola no envió las tropas de resguardo a Bolognesi cuando éste las pidió para defender Arica, siguió perdiendo fuerza cuando Álvarez Calderón juró como presidente de la Magdalena a petición de los chilenos, y terminó de mostrar su crisis cuando Cáceres llevó a cabo la campaña de la Breña, y se podría decir a pesar de la “situación política”, en medio de disputas y desentendidos trágicos con la “clase política” de ese periodo.

Post guerra con Chile el discurso hegemónico criollo de la nación y patria ha perdido solidez, a pesar del esfuerzo y la entrega final criolla en las batallas de San Juan, Chorrillos y Miraflores. Hay un vacío de narrativa, una quiebra discursiva. Ante ello y para recolocar una nueva narrativa hegemónica dos discursos hacen su aparición. El de la crítica letrada de Gonzales Prada denunciando a todo y contra todos, pero es un discurso del malestar, contra lo criollo de la clase política y acusándolos de ser el centro del mal peruano. Por eso reivindica, al final de su crítica, al indio. Si no se atiende su situación y no se le incorpora a la nación no se puede construir patria, dirá Gonzales Prada. La idea reivindicativa de lo indio será recogida treinta años después por Leguía, empujado por el movimiento indigenista, pero ya estamos en otro momento histórico.

La otra narrativa emerge posterior a la derrota con Chile, y enfrenta a Gonzales Prada y su crítica voraz y destructora contra la hegemonía civilista que se había formado desde el periodo del guano y había mostrado su plena incapacidad tras la onminosa derrota bélica del pacífico. Ese discurso contra la hegemonía civilista va a asentar su presencia durante el periodo denominado de reconstrucción nacional (1883-1895) pero, justamente, también en ese momento y recogiendo las propuestas discursivas del civilismo de Manuel Pardo del 72 al 76 va a originarse otra narrativa de alcance hegemónico. Va a tratar de solucionar el “vacío hegemónico” que los sucesos de la guerra con Chile habían producido. Sus seguidores, encabezados por el Pierolismo buscaran recrear las ideas de una narrativa hegemónica nacional reconstruyéndola, en lo político como un Estado poliárquico, basado en una democracia limitada y excluyente, y en lo

económico, sobre bases exportadores agro mineras primarias, y culminaran dando origen a lo que todos conocemos y Basadre denominó “República Aristocrática”.

¿Se puede señalar que logra reconstituir una narrativa hegemónica? Sí, pero sólo en parte, esa propuesta hegemónica lo logró. Se afianzo con los discursos de los pensadores de la generación del 900 -José de la Riva Agüero, García Calderón, Víctor Andrés Belaúnde entre otros-y revitalizo la narrativa económica de las ventajas comparativas. Pero su éxito fue relativo y su estabilidad mostraba un equilibrio precario. Fue hegemónica sólo en parte, porque dio pie a que viejos males estructurales como gamonalismo, centralismo, exclusión de mayorías, pervivieran y se reciclaran bajo nuevos pactos que buscaban hacer convivir la modernización costeña con la “rearcaización” andina. Dio origen al gato pardismo criollo.

Aunque recientes estudios históricos sobre el periodo han reivindicado la propuesta civilista de un estado exportador y, por consiguiente, critican denominarlo “Aristocrático” señalando que esa calificación fue un error excesivo de Basadre, probablemente influidos por el neo civilismo globalizador que desde los años noventas del siglo xx hasta la actualidad permea y llena de contenido los nuevos estudios historiográficos de revisión histórica, lo cierto es que la propuesta de reconstrucción estatal Pierolista fue dejarnos como herencia histórica un estado oligárquico (o poliárquico) excluyente y de dominación señorial.

Si bien esa fue la racionalidad discursiva hegemónica que se impuso sobre los afanes críticos demoledores pero también democratizadores del discurso de Gonzales Prada, como armazón Estatal neo civilista de fines del siglo xix hasta su estertor final con la reforma agraria de Velasco Alvarado en 1968, fue una coalición de poder que obstruía la modernización de la sociedad peruana. Pero la base de esa reconstrucción estatal que podemos seguir denominándola oligárquica, para no apartarnos del sentido común histórico que así la califica, se hizo bajo una narrativa hegemónica de “liberalismo a la criolla”, tal como la denominó Borricaud (1969, IEP). Una democracia poliárquica como señala Dahl, restringida y limitada, que se frasea con discurso de doble moral. Un entre nosotros y nosotros y el otro excluido, pero ese otro excluido eran las mayorías nacionales. Y si 1 más 1 suma 2, en este caso suma -1 por su reconcentración latifundista patrimonial. Organizó la formación de una “Arcadia criolla” cerradamente elitista y con aires de la herencia aristocrática colonial que duró hasta mediados de los cincuenta y sesenta del siglo veinte, y que Sebastián Salazar Bondy (2014, Lapix editores) la denominaría como “Lima, la horrible”.

Un tercer momento de esta crisis de hegemonía oficial, de narrativa y discurso, que muestra sus limitaciones para cumplir con efectividad su función de dominación probablemente la estemos viendo en el ciclo político que se abre a partir del 2016 a la actualidad. Y cobra notoriedad con el gobierno de Pedro Castillo y su crisis y caída. Dos factores pueden servir de contexto para explicar ese reciente ciclo político. La Pandemia del corona virus que nos afectó entre 2020 hasta el 2022, y la narrativa contrahegemónica que trató de implantar Anibal Torres desde el premierato del gobierno de Castillo. Aunque recién estemos observando con claridad lo que sucedió en ese corto ciclo político y no tenemos mayores elementos a la mano de análisis que los periodísticos, pero algo se puede señalar en ese sentido. Y es que todavía estamos en la “coyuntura” de ese ciclo.

De la pandemia se puede ver con cierta claridad que mino la narrativa y el discurso neoliberal globalizador al mostrar que la salud pública se encontraba profundamente deteriorada cuando llegó la misma. Sólo un dato muestra lo crítico de la salud pública en ese momento. El Perú fue record mundial en fallecidos, por un lado, y por el otro, las camas UCI se colmaron rápidamente en los hospitales públicos, y el oxígeno se agotó en los momentos más álgidos. La pandemia desnudó y visibilizó las carencias de lo público en nosotros. Muestra descarnadamente que la hegemonía neoliberal, y su discurso de modernización e integración nacional, caían sin asidero en la realidad.

Pero paralelo a la crisis de la pandemia el discurso que propalaba el premier A. Torres minaba el discurso y la narrativa hegemónica que se iba asentando en el Perú desde el gobierno de A. Fujimori. La idea de qué con la globalización y la libertad de mercado, que pone en juego clave a los actores empresariales privados, tanto nacionales como extranjeros y si son los segundos más aún, el Perú iba a lograr la ansiada modernización, se iba evaporando como esperanza de integración y despegue nacional. A. Torres al propalar el tradicional discurso de la narrativa Basadreana sobre la vigencia de la división de los dos perues -el oficial, costeño y limeño, y el profundo, serrano y andino- como brecha fundamental que desde la colonia hasta la actualidad cruza al Perú, no hacía sino minar el discurso hegemónico que nos habla de integración. Ese discurso nos decía que el Perú en el ciclo exportador que va desde el 2002 hasta el 2014 hizo crecer su PBI hasta alcanzar en promedio el 6.4 % de crecimiento anual y que paulatinamente se estaban superando los grandes males nacionales.

Esa narrativa contra hegemónica reciclada de los dos “perues”, puesta al día como discurso que se “recoge” desde los años veinte del siglo pasado, pone al día uno de los temas más álgidos de la historia nacional. Y si se la asocia con la Pandemia y la visibilidad emergente que ella dio de los grandes males estructurales nacionales en salud, educación, infraestructura, seguridad nacional, etc., volvió a recolocar un tema que ha estado oculto, pero presente, desafiando la conciencia colectiva nacional. ¿Qué es el Perú? ¿Nación en formación? ¿nación integrada con ciertos desajustes institucionales pero no sistémicos? ¿Nación fracturada, nación invertebrada? ¿Nación Híbrida? ¿Nación oligárquica o neo oligárquica? ¿Capturada por poderes fácticos o una nación inconclusa que no termina su modernización y que no deja de ser una sociedad tradicional? Bien mirada la discusión nos remite a las polémicas que se suscitaron en el centenario, cuando el Perú cumplió 100 años, pero reactualizada en tiempos de bi-centenario. Los posteriores sucesos a la caída del propio gobierno de Castillo, más que deficiente en la gestión pública y con fuertes denuncias de corrupción, no han hecho sino poner al día la temática de la construcción nacional del estado peruano, y de la identidad de sus ciudadanos ¿Ciudadanos sin república, república sin ciudadanos? Al fin y al cabo viejos problemas que no dejan de interpelar al sentido común nacional.

En pocas palabras, la narrativa neoliberal que se había construido desde los noventa bajo discurso globalizadores, privatizadores y de mercado abierto, y que habían construido una hegemonía optimista, ahora en crisis, podría mostrarnos, si logra remontar su momento de erosión hegemónica cierta estabilidad política tan necesaria, o si no, y lo más probable, otro marco surgirá como “discursivo narrativo hegemónico” y se afianzará construyéndose como su alternancia.

Probablemente otros momentos, ciclos y acontecimientos de la historia nacional puedan encontrarse que nos permitan observar la crisis de narrativas, la erosión de los discursos, las quiebras macro-simbólicas de sentido, cambios de “imágenes”, y cómo ingresamos a momentos de “vacíos hegemónicos” y por lo tanto de crisis. Y, poniendo al día la atención sobre esos aspectos, repensar la historia desde una de las claves vitales -narrativas y hegemonía- como forma de construcción de lo social. Sin esas claves conceptuales no podemos pensar históricamente a la sociedad peruana.

Referencias:

- Basadre, Jorge. 1968, “Historia de la República del Perú”, XI Tomos, Editorial Universitaria, Lima, Perú.
- Basadre, Jorge. 1931 “Perú problema y posibilidad” Ediciones Librería Rosay, Lima, Perú.
- Borricaud, Francois. 1969, “Notas sobre la oligarquía peruana” en libro “La oligarquía en el Perú”, Instituto de Estudios Peruanos, Lima, Perú.
- García Belaúnde, Domingo. 2016, “Las constituciones del Perú”, Ediciones Jurado Nacional de Elecciones.
- Habermas, Jürgen, 1988, “Teoría de la acción comunicativa”, Tomos I-II, Taurus ediciones, Madrid, España.
- Habermas, Jürgen. 1981, “La reconstrucción del materialismo histórico” en libro “La reconstrucción del materialismo histórico”, Ediciones Taurus, Madrid, España.
- Laclau, Ernesto. 1987, “Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la Democracia”, siglo xxi, Madrid, España.
- Luckac’s, Georg, 1969, Grigalbo editores, Ciudad de México, México
- Nietzsche, Friedrich. 1947, “De la verdad y la mentira en sentido extramoral”, en libro “El nacimiento de la tragedia”, ediciones Lozada, Buenos Aires, Argentina.
- Salazar Bondy, Sebastián, 2014, “Lima la horrible”, Lapix editores, Lima Perú.